

EL ESTILETE FLUENTE

El éxodo continuo

► Mi indagación particular en la historia del pueblo gitano comenzó hace mucho tiempo, gracias a una agorera greco-rumana

Soren Peñalver



■ El pueblo gitano (womano thém) es indio de origen y europeo y transnacional de proyección. Huyeron los gitanos de su país de origen, probablemente del Rajastán, tierra ahora de moda para el turismo internacional, en donde los yogui, místicos errantes, todavía son mirados con recelo por sus congéneres sedentarios. ¿Por qué huyeron? Según el lingüista Vania de Gila Kochanowski, entre los siglos IX y XIII, por la invasión del Islam y la llegada de los ejércitos mongoles.

Hasta su llegada a las orillas del Mediterráneo occidental, el pueblo gitano vivió un largo periplo de hambrenas y sufrimientos varios, soportando guerras no dictadas ni provocadas por ellos, ejerciendo de artesanos y artistas principalmente. En el siglo XIV, tras el primer asentamiento gitano en Corfú, casi todas las islas mediterráneas tienen un grupo de esta etnia, que se aviene con sus habitantes autóctonos (en otras épocas también ellos recién llegados a tales lugares).

Mi indagación particular en la historia de los gitanos comenzó hace muchos años, y ocurrió precisamente en el norte de Francia, con el encuentro fortuito con una agorera greco-rumana que, ante la tumba de Chateaubriand, en Saint-Malo, frente al fragor del mar bretón, me leyó las manos con gran misterio y dotes de persuasión. Iba acompañada de unos jóvenes de piel muy oscura, aunque de rasgos delicados, más cercanos a la noción de belleza que tenemos de los griegos que de los



A la búsqueda de cobras y liebres.

semitas. Estos muchachos, cinco y varones, eran los hijos propios y adoptivos de Damana, reina además de madre para todos ellos.

Fui invitado por la matriarca Damana y sus guapos muchachos a seguirles hasta la Provenza, a participar en los festivales gitanos de-

dicados a Santa Sara, su patrona, en La Camargue. La aventura que compartí con mis amigos (yo era para Damana otro hijo más, el rubio, el xanzós) permanece imborrable en mi memoria, y daría para todo un libro voluminoso del cual tengo escrito una parte con-

siderable, y que espero en breve completar.

Recuerdo siempre aquello que Damana me explicara acerca del color oscuro, acentuado, de sus hijos, y también de ella misma. Durante medio milenio, los gitanos rumanos y búlgaros fueron esclavos del rey, la iglesia y los terratenientes de esos países. Vivían como bestias y a la intemperie permanente, que incluso el tibio sol del delta del Danubio marcó con imborrable melanismo su piel y estigmatizó su alma para siempre. Desde muy antiguo tiempo, los gobiernos se hicieron eco de un sentimiento de rechazo, que comenzó con la arribada de las caravanas que transportaban a gentes alegres, vestidas de llamativos colores y hablaban una lengua incomprensible, y estos gobiernos empezaron a articular políticas represivas y racistas. No olvidemos que los Reyes Católicos construyeron piedra a piedra una completa legislación antigitana, que culminó en el siglo XX con el Holocausto nazi: esterilización, castración, matanzas en masa en los campos de Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald o durante la Zigeunernacht, la llamada Noche de los Gitanos; en Auschwitz-Birkenau, donde fueron gaseados o incinerados 4.000 integrantes de la etnia gitana...

Pareció estar erradicada para siempre esta persecución hasta que Francia, el pasado año, con su presidente Sarkozy (de cara de cabracho) a la cabeza, la puso de actualidad. Y desde esos días, recuerdo mucho a Damana, a Daman (su hijo mayor), a Emil, a Ovidio, a Manole, a Nikita... mis amigos, mi familia de un tiempo, en mi juventud, que jamás lograron ni quisieron integrarse.

LITERATURA

La enfermedad de las niñas rubias

Francisco Javier Díez de Revenga

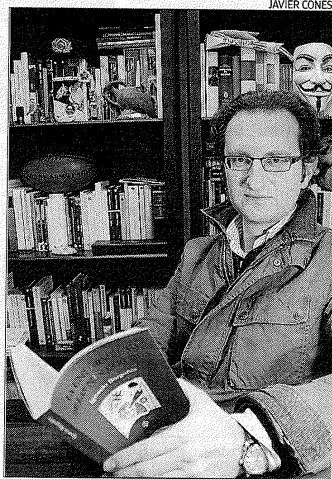


■ Ignacio Borgoñós (Cartagena, 1975) acaba de publicar en la editorial Alfabique, de Cieza, La enfermedad de las niñas rubias, una colección de relatos breves que recoge un total de catorce cuentos, premiados en diversos certámenes nacionales en los últimos años, y que se distinguen por una cohesión temática y estructural sobresaliente. Como narrador, Borgoñós ha sabido establecer un estilo propio a la hora de trazar estas historias tan insólitas como sorprendentes, que llegan al lector con una singular eficacia expresiva. Y es que los cuentos coleccionados en este libro, titulado con el nombre del primero de los relatos, tienen en común que son historias de la vida cotidiana desarrolladas en parajes verosímiles y perfectamente reconocibles, y que tienen que ver con las relaciones de convivencia entre hombre y mujer, con la infidelidad, con el sexo, con los fatalismos y avatares del destino.

Personajes enigmáticos que se cruzan en sus historias con otros aún más curiosos, mientras los hilos de

la narración van trazando historias sobre espacios especialmente dilectos: Madrid, Budapest, Toledo, Granada... Que son escenarios, pero también lugares con vida propia, con la lección de cada esquina, de cada calle, de cada edificio o de cada avenida, formando parte de la historia principal, como un elemento más de cada biografía particular. Advértase en este terreno la especial predilección del autor por dos ciudades lejanas, distintas pero emparentadas ya en su narrativa: Toledo y Budapest, cada una con sus propias criaturas y sus historias, mágica y misteriosamente entrelazadas, como habrá de hacer en su novela extensa Recitando a Petrarca, que ha precedido a este libro de cuentos en su edición, aunque no, acaso, en su redacción.

La complejidad de las relaciones humanas conduce en cada uno de estos relatos al asombro y a la sorpresa, y la relación establecida entre el narrador y su lector obliga a este último a considerar posibilidades remotas de solución que casi nunca coinciden con el desenlace del relato correspondiente. Y es que



Ignacio Borgoñós.

el escritor domina los materiales narrativos, maneja sus estructuras precisas y necesarias, de manera que establece un entramado con su lenguaje, con su vocabulario, con su idioma narrativo propio del que se muestra como absoluto dueño.

Destacan en estos relatos las cria-

turas femeninas inventadas para protagonizarlos y habitar en ellos, para participar en el argumento y para salvar su estatura moral en el desenlace con una dignidad acreedora de la admiración y, de nuevo, de la sorpresa del lector. Lo que está claro es que la superación de la realidad más prosaica se consigue con este tipo de personajes que están dotados de envidiable entereza moral, porque todas ellas están envueltas en tramas oscuras en las que intereses encontrados enturbian la generosidad y la bondad natural que correspondería a relaciones humanas perfectas.

Pero el mundo, en efecto, no es tan pulcro como sería deseable, y el narrador con su capacidad expresiva se encarga de hacerlo constar, aunque sus personajes lleguen a los finales de los relatos sin haber logrado sus metas, sin permitir al lector un asomo de satisfacción. Pero la vida es así, y nuestro narrador lo sabe y lo quiere demostrar en las catorce ocasiones, cada una de ellas de una forma distinta, pero todas unidas en un mismo fin común. Y es que una gran sensación de soledad se ad-

vierte tras la lectura de cada uno de estos relatos, porque esa es la línea común de todos ellos, el punto de encuentro que cohesionan a todos estos relatos.

Pero lo que más seduce de la colección es lo paradójico de las situaciones y lo inexplicable de los desenlaces, con lo que sin duda el autor quiere dar una imagen muy real de la vida misma. No procede poner ejemplos espigados de unos cuentos o de otros, ni relatar los argumentos de los catorce relatos. Corresponde ahora más bien transmitir qué es lo que los hace singulares, qué es lo que los convierte en cuentos únicos con un estilo propio y con una autenticidad personal hasta considerarlos obras muy logradas, piezas de un mismo entramado, telas de un mismo mosaico, poseídas por su propia verdad estructural y narrativa. Ignacio Borgoñós, que ya había dado pruebas en las anteriores entregas de su narrativa extensa, de una destacada soledad como escritor, refleja en estos cuentos, escritos a lo largo de más de una década (1998-2010), el camino hacia esa plenitud, la trayectoria hacia la lucidez, reveladora de su condición de narrador que entra en la madurez por la puerta grande.